

cional que un principio suprasensitivo ejercitara en el hombre, habría provisto por él peor que una madrastra. "Mientras que los demás animales, dice SANTO TOMÁS, están por naturaleza provistos de todo lo necesario para la vida, del abrigo preciso, de los medios de defensa, del alimento más conveniente, la naturaleza ha dado al hombre la razón para que, con su ayuda, él mismo se prepare todo esto". Es cierto que aún en el hombre rigen los instintos naturales con sus apprehensiones oportunas, particularmente en la infancia; pero en edad más madura relájase su imperio, y el hombre queda en los más de los casos entregado á sí mismo.

Debe considerarse también que el hombre no es solamente el más necesitado de todos los seres, sino también el más *apasionado*. Tantos y tan vehementes apetitos y pasiones como agitan á humanos pechos, requieren un dique resistente cual la naturaleza sensitiva no se lo ofrece. He aquí por qué la misma naturaleza sensitiva obliga al hombre á sufrir el influjo de motivos que van más allá de la materia. La vida sensitiva en el hombre es algo á medio hacer, algo incompleto; es la *fracción* de un ser, y se parece al engarce de una piedra preciosa. Sin cierto elemento suprasensible, el puramente sensible, cual existe en el hombre, le haría el animal más asqueroso, lascivo y miserable de todos. La observación confirma, sobre todo en el tiempo actual, que el hombre *debe* querer ser más que animal; que si quiere vivir como animal nada más, ó será loco ó criminal. Mientras que en el animal todas las pasiones están por naturaleza contenidas dentro de los límites que exige el bien de la especie, el género humano se corrompería y perecería del modo más lastimoso si cediese sin más reflexión á todos los movimientos de su sensualidad.

Luego, ya que naturalistas eminentes encontraron en *algunos* de los hechos por nosotros enumerados motivo bastante para reconocer al hombre un origen y posición ajenos de la animalidad, también nosotros podemos, mirando á la vez á *todos* los hechos tomados del terreno orgánico, decir sin ningún viso de temeridad, en el sentido de la Filosofía antigua: la consideración de la vida orgánica del hombre compele con decisión forzosa á respetar la verdad que ya teníamos clarísimamente conocida mediante reflexiones psicológicas, la verdad de que el hombre es esencialmente distinto del animal, y, de consiguiente, que es un imposible que el hombre descienda adecuadamente del bruto.

<sup>1</sup> *Summ. Theol.*, I, q. 91, a. 3.

### III.—EL CUERPO HUMANO Y EL ANIMAL

385. ¿Pero qué diríamos si se considerase al hombre solamente por razón de su cuerpo? ¿No sería entonces admisible suponer que el organismo humano se haya desenvuelto procediendo del de algún animal, y que después en el cuerpo suficientemente desarrollado haya venido el alma gracias á un acto creador? Pregunta es ésta que extraña á primera vista, mas pregunta necesaria para que el problema en cuestión quede esclarecido según todos sus aspectos.

Tratando de contestarla, vamos á distinguir primero entre el desarrollo ó evolución de toda la especie humana, evolución que (por la palabra griega *φυλή*=estirpe, raza) llaman filogenética, ó *génesis de nuestro linaje*, y el desarrollo ó evolución de cada individuo por sí, evolución ontogenética ó *génesis del embrión*. En cuanto á éste, la escuela peripatética tenía por un hecho observado é innegable que el organismo humano individual se desenvuelve de uno animal. El beato ALBERTO MAGNO, SANTO TOMÁS DE AQUINO, DUNS SCOTO, y, en suma, todos los pensadores de la Edad Media, aceptaban sin reserva la teoría de que cada organismo humano es, durante su desarrollo embrional, de naturaleza, primero puramente vegetal, después puramente animal, y no llegaba á ser hombre sino después de algún tiempo, cuando se le unía el alma espiritual, creada por Dios <sup>1</sup>. Apoyábase esta teoría principalmente en la íntima reciprocidad que se creía deber sostenerse entre la materia y las formas materiales, pues que, acogiéndose estrictamente á la observación y experiencia, no les parecía necesario admitir otro principio formal en los seres sino aquel que ma-

<sup>1</sup> Los pensadores de la escuela antigua suponían que para originarse un individuo se verificaban varias generaciones: «Licet generatio simplicium corporum non procedat secundum ordinem, eo quod quodlibet eorum habet formam immediatam materiam primam, in generatione tamen corporum aliorum oportet esse generationum ordinem propter multas formas intermedias inter primam formam elementis et ultimam formam, ad quam generatio ordinatur... Nec est inconveniens, si aliquid intermediorum generatur et statim post modum interrumpitur, quia intermedia non habent speciem completam, sed sunt ut via ad speciem, et ideo non generantur, ut permanent, sed ut per ea ad ultimam generatum perveniant. Nec est mirum si tota generatio transmutatio non est continua, sed sunt multae generationes intermediae... El santo Doctor recuerda que, en general, no hay ningún *notus* continuo fuera del de lugar. «Quanto igitur aliqua forma est nobilior et magis similes a forma elementis, tanto oportet esse plures formas intermedias, quibus gradatim ad formam ultimam veniatur, et per consequens plures generationes mediae; et ideo in generatione animalis et hominis, in quibus est forma perfectissima, sunt plurimae formae et generationes intermediae.» (*Summ. contra gentiles*, I, II, cap. XXXIX; *Conf. Summ. Theol.*, I, 118, a. 2 ad 2; y *Quaest. disput. de spiritual. creat.*, a. 3 ad 13.)

Lo mismo enseñaban respecto de los animales. Dice SH. MAURO: «Concedo cum Aristotele quod primus embryo equinus aut leoninus accipiat aliquam animam sensitivam imperfectiorem, deinde animam leonis aut equi» (*Quaest. philosophicas*, I, IV, quaest. 29 ad 2.)

<sup>2</sup> «Ὁμοίως ἐκείνην ζῷον.» (ARISTÓTELES, *De generat. anim.*, lib. II, cap. III.)



nifestase su presencia en los fenómenos propios de cada fase del desenvolvimiento. Actualmente, esta teoría es tenida por anticuada por muchos sabios. Según nosotros entendemos, faltan hasta ahora los datos precisos para dar solución definitiva á este problema; de manera que por ahora la antigua teoría peripatética es tan plausible como su contraria. Interésanos empero hacer constar que la católica Edad Media no veía en semejante desenvolvimiento del hombre, desde un estado puramente animal, nada que menoscabase la prerrogativa del género humano, ya que no habría en ese caso más relación entre el hombre y el bruto que *por parte del cuerpo*. Si no es en perjuicio de la dignidad humana que el hombre posea una naturaleza animal, ¿por qué había de ser insufrible el que se hubiese desenvuelto partiendo de una criatura irracional, según que es su naturaleza animal?

586. ¿Mas qué se debe decir cuando la cuestión versa acerca del génesis de nuestra especie, de la evolución filogenética?

Algunos sabios á quienes consta el carácter supraanimal y espiritual del principio de vida del hombre, han condescendido en hacer ciertas concesiones, derivando el origen del alma humana, según es debido, de la acción inmediata de Dios, creyendo, empero, que los progenitores del hombre, en razón de su cuerpo, constituyeron al principio del período terciario una rama lateral de los antepasados de los simios. Hay también quien entiende deber mantener la afinidad del gorila y del hombre con la limitación mencionada.

Desde luego es difícil determinar de qué especie de animales habría de proceder la corporeidad humana. Si es que la rama humana brotó del común de los monos antropoideos, mal se compadece este origen con el hecho de que el hombre conviene particularmente con el chimpancé en la configuración del cráneo y la estructura de los dientes, con el gorila en las extremidades, con el orangután en la formación del cerebro, como no se suponga que el hombre deba su cuerpo á tres progenitores á la vez. Si se quisiera considerar al hombre como rama independiente del tronco de los mamíferos, ó sea como *coordinado* á los monos, bestias de rapina, roedores, etc., habríase de desconocer que el hombre está, en cuanto á su vida orgánica, ligado por numerosas relaciones de afinidad lateral con las más diversas especies. El elefante puede considerarse como su hermano por la "sabiduría," el cerdo se le parece más que ningún otro animal en la estructura de los órganos interiores; como la zorra, suele amaestrar á sus "cachorros," como el castor, tiene el instinto de edificar casas; canta con los pájaros; únele á las abejas la costumbre de constituir "Estados," tanto como á la hormiga le agrada gobernar y guerrear. Es pal-

mario que por ningún principio genealógico es posible explicar tan intrincadas relaciones de semejanza y enredados indicios de parentesco.

587. Pero, según este criterio, se sigue únicamente que el origen físico no puede haberse verificado de la manera que los contrarios fingien. El interés de la investigación científica exige que formulemos la cuestión de modo más amplio, diciendo: ¿No es, con todo, posible tal vez que el hombre haya salido de un modo que desconocemos todavía, y á costa de largos trabajos, de un estado animal primitivamente ordenado y dispuesto para irse amoldando á las condiciones en que había de vivir el hombre?

Distingamos aquí entre el hecho (*questio facti*) y la posibilidad (*questio iuris*) ó analogía científico-natural. En cuanto á la cuestión de hecho, los antiguos mantenían unánimes la veracidad del relato mosaico de la creación, según el cual (conforme á la opinión común de todos los teólogos y exégetas cristianos) es un hecho histórico que el primer hombre salió de la mano del Criador, no sólo según el alma, sino también según la formación del cuerpo <sup>1</sup>. "Dios mostró en verdad ser padre nuestro, dice LACTANCIO <sup>2</sup>, formando nuestro cuerpo é infundiéndole el alma, por la que respiramos y vivimos." Tal es el parecer de todos los pensadores de la antigüedad cristiana; para juzgarlo no es competente la ciencia natural, como se comprende sin dificultad, toda vez que los naturalistas pueden á lo sumo consignar lo que hubiera *podido* suceder en el origen del hombre.

588. Abordando ahora la cuestión de derecho, debemos rechazar sin embages, por absurda, la manera como el *monismo mecanista* se figura el origen del organismo humano. Pues que el desenvolvimiento del individuo orgánico más sencillo no puede ser explicado sin una tendencia teleológica, ni por tanto sin un principio metafísico, ¿cuánto más debe de haber sido necesaria tal dirección durante los millones de millones de años supuestos por los contrarios, y á través de aquella multitud innumerable de transformaciones! Con razón advierte LACTANCIO que en la teoría monista mecánica se debe recurrir á una Providencia extraordinaria que

<sup>1</sup> En este extremo debe mantenerse la interpretación verbal que hasta ahora se usa. (Cf. *Stimmen aus Maria-Laach*, t. XIII, pág. 121.) Por lo demás, los pensadores medievales procedían, al interpretar la relación mosaica de la creación, con una libertad que discrepa mucho de la pedantería protestante. SANVO TOMÁS dice, por ejemplo: *Moses rudem populum de creatione mundi instruens, per partes divisit quae simul facta sunt; Ambrosius vero et alii Sancti ponunt ordinem temporis in distinctione rerum servatum; et haec quidem positio est communior et magis consona videtur litterae quantum ad superficiem; sed prior est rationabilior... et haec opinio plus mihi placet.* (11, dist. 12, n. 3.)

<sup>2</sup> *Institut*, lib. II, cap. XII.



haya servido de guía por el dédalo de las intrincadas sendas de la evolución <sup>1</sup>.

Mas ¿no habría *podido* el Criador evocar á la existencia el alma espiritual en un organismo animal destinado á recibirla, en lugar de formar el organismo humano directamente de materia inorgánica, según lo hizo de hecho? ¿No habría podido formarse el organismo humano conforme á leyes naturales y en virtud de un principio interno de evolución? Esta pregunta rebasa evidentemente de las suposiciones del monismo mecánico, siendo difícil corroborar con argumentos decisivos la *necesidad absoluta* de la inmediata acción divina en la producción del organismo humano, y demostrar la *absoluta imposibilidad* de que agentes naturales hayan podido recibir de Dios encargo y aptitud para desarrollar paulatinamente el organismo humano hasta que éste alcanzase la perfección necesaria para dar acogida al alma espiritual. Leemos en el relato mosaico que el Criador confió á agentes naturales la producción de organismos *animales y vegetales*. Podríase preguntar por tanto: ¿por qué no habrían de bastar agentes naturales para producir de modo análogo también el organismo humano por su lado corporal? ¿Por qué ha de ser absolutamente inconcebible que Dios, Señor de todas las cosas, haya criado junto con los demás organismos uno puramente animal, confiriéndole desde el primer momento el destino de desarrollarse hasta que llegara á ser hombre á través de diversas transformaciones? En tal caso, solamente se habría verificado con respecto á la *especie* humana lo que, según la teoría de la escuela aristotélica, sucede efectivamente en cada uno de sus individuos.

**589.** A consideraciones de esta clase podría contestarse por otro lado: El hombre entra en el mundo como un ser perteneciente á un orden esencialmente *superior*. Bien puede pensarse que cada individuo humano se desenvuelva de una larva puramente animal, á la cual no habrá que reconocer otra significación en la naturaleza que la de ser un estado de transición al hombre. Pero si semejante transformación de un organismo animal en humano se hubiese verificado también en una serie de especies que hubieran existido en realidad, éstas habrían desempeñado, sin duda, además de preparar la aparición del hombre en la Tierra, un papel análogo al de las demás especies de animales. Colítese de aquí que si es admisible el origen animal *ontogénico*, no lo es, sin embargo, la descendencia animal *filogenética*. Además, debe advertirse que el hombre, lo mismo que el vegetal y el animal, repre-

<sup>1</sup> «Quod si ita sit, ut dicunt, providentiam esse necesse est, et in idipsum incidunt quod maxime fugiunt.» *Institut.*, lib. II, cap. XII.

senta un ser indiviso. Ahora, así como no implica contradicción alguna que el animal fuese producido por causas creadas á *pesar* de su concepto psíquico, así el hombre pudo ser producido sólo por Dios á *causa* de su concepto psíquico (espiritual). Dios, que crió el alma, debió en aquel mismo momento de formar el cuerpo del primer hombre. Esto sólo fué digno de la naturaleza del hombre <sup>1</sup>.

Nosotros no quisiéramos rechazar por destituida de fundamento la teoría que acabamos de exponer, puesto que razones muy atendibles hacen presumir que ningún otro modo de formarse el cuerpo humano que el de crearlo Dios, fué digno del destino que al hombre propuso. Por lo mismo que el hombre *goza por su naturaleza* de una prerrogativa que le coloca muy sobre todos los animales, *conforme á su naturaleza* le cupo la suerte de entrar en la existencia, no como un animal *parte* de la creación, sino como *corona* que la rematase, por obra directa de Dios.

A quien parezca menos plausible esta teoría, habría que decirle que Dios tuvo cuidado tan directo del hombre mirando al destino *sobrenatural* que nos revela el Cristianismo; de suerte que la formación del cuerpo humano por mano de Dios, que se nos refiere como *hecho*, se caracteriza como *excepción* del orden natural, de «sobrenatural», y, en fin, de *milagro*. También en favor de este parecer pueden alegarse diferentes consideraciones, fundadas unas en el orden natural y otras en la revelación.

Sea de esto lo que fuere, ora se crea que la omnipotencia y sabiduría de Dios tenía á mano aún otros medios para llevar al cuerpo humano á la cima de su perfección, ora se afirme que, según la analogía de otros procesos naturales, el cuerpo humano debió desarrollarse de un estado primitivo de animal, tal vez de la manera como realmente sucede con el feto del hombre si atinaron los peripatéticos respecto de este extremo, es un *hecho*, acreditado por testimonios á cual más fidedignos, que el hombre salió *en realidad* directamente de la mano del Criador, no solamente según su alma, sino también según su cuerpo.

### § III

Refutación de los argumentos alegados por los contrarios.

**590.** Después de las reflexiones que preceden, no será difícil que nos formemos un juicio sobre la doctrina del monismo mecanista y sobre las razones que alega. Según esta doctrina, todo el

<sup>1</sup> Cf. S. THOM., *Summ. Theol.*, I, q. 91, a. 2.



hombre, no solamente según el concepto de su corporeidad, sino también según toda su vida racional, se ha ido elevando, por vía mecánica, de un estado animal á la condición de hombre. Creyóse haber encontrado la razón que abonaba este aserto, según ya lo sabemos, en una "deducción, que se hacía pasar por "ineludible,, la cual compelia á extender al hombre la ley de evolución mecánica que abarcaba todo el reino orgánico. Todavía se nos brindará la ocasión para echar una mirada escudriñadora á la llamada "ley universal de evolución mecánica,,. Sea el que fuere el resultado de aquel examen, en vista de la diferencia esencial del hombre y del bruto, cuya realidad nos consta, diferencia que se manifiesta con entera claridad en el terreno psicológico, y hasta distintamente se descubre en importantes rasgos anatómicos y fisiológicos, debemos decir que, *aunque para el mundo orgánico entero rigiese una ley universal de evolución, aplicar esa ley no podría en ningún caso á todo el hombre.*

Réstanos todavía registrar los argumentos comprobantes alegados por los contrarios, los cuales pueden reducirse á tres, que son: el estado del hombre prehistórico, nada semejante al bruto al decir de ellos; algunos hallazgos de huesos; y, finalmente, diversos fenómenos interesantes de la actual existencia humana (el desenvolvimiento del embrión, rudimentos, reincidencias ó casos de atavismo), todo lo cual junto ha de confirmar que nuestro linaje vivió en sus principios en un estado puramente animal.

591. Primero dicen que cuantos restos de los tiempos prehistóricos se han hallado, todos los documentos referentes á la *historia primitiva de la humanidad*, en particular los que se encontraron en las casas lacustres, demuestran del modo más concluyente que el llamado "espíritu, del hombre atravesó, antes de llegar al brillo con que resplandece en la historia de las naciones, un estado de imperfección verdaderamente animal.

A esta afirmación se puede replicar con algunas objeciones de mucha fuerza. NIEBUHR ha recordado (en el exordio de su *Historia del pueblo romano*) que "no puede señalarse ejemplo alguno de una nación realmente salvaje que libremente haya pasado á la cultura,, tesis que ha sido formulada con más precisión por el anglicano WHATELEY, quien dice: "Ninguna nación salvaje ó bárbara ha podido elevarse jamás á la civilización por fuerza propia, ó sea sin el auxilio de pueblos más cultos". ¿Con qué razón, pues, se atreven los sabios que tanto alarde hacen de su observación y experiencia, á suponer en el tiempo prehistórico cómo efec-

<sup>1</sup> *Miscellaneous lectures and reviews*, 1861, pág. 21.

tivo un fenómeno de que no se encuentra ningún rastro de analogía en la historia entera de la humanidad?

ALEJANDRO DE HUMBOLDT no quiso decidir "si las tribus que actualmente llamamos salvajes se encuentran todas en el estado de rudeza originariamente natural, ó si muchas entre ellas, según permite presumir la construcción de sus idiomas, no son pueblos *degenerados*, á modo de escombros dispersos de los naufragios de una cultura pronto destruida,,<sup>1</sup>.

En efecto, las investigaciones recientes han dado á entender, con muchos indicios, que muchas tribus de salvajes, como se acostumbra á llamarlas, deben considerarse como reducidas al salvajismo, como productos de la generación de pueblos antiguamente civilizados. Tiénelo demostrado así, respecto de los pecherés en el extremo Sur, y respecto de los esquimales en el extremo Norte de América, el Duque de ARGYLL<sup>2</sup> y ENRIQUE RINK<sup>3</sup>. Con más energía aún, si cabe, los arqueólogos y paleontólogos americanos han insistido en que el actual estado de rudeza de los indios americanos estriba en degeneración<sup>4</sup>. En cuanto á otras tribus (por ejemplo, las de los trogloditas y "cazadores areneros,—*Flusksiesjäger*—prehistóricos), aún no se ha logrado disipar las tinieblas que las envuelven.

Iríamos demasiado lejos si quisiéramos recordar aquí, en particular, cómo se van relegando más y más á las consejas las charlas del canibalismo, de completa falta de religión, etc., y lo demás que decían había sido costumbre general de los tiempos anteriores á la historia. Aumentan de día en día en todas las ciencias las voces de los que admiten la existencia de un alto grado de cultura en el tiempo prehistórico, del cual volvió á descender el género humano. WALLACE (presidente de la Sección biológica de la Asociación Británica, Glasgow), llama la atención sobre las gigantescas imágenes de piedra de la isla de Pascua, los grandiosos *mounds* ó construcciones de colinas en el valle de Ohio, las pirámides de Egipto, y concluye diciendo "que le parece verosímil que, si no todos, los más de los salvajes actuales son los descendientes de razas superiores á ellos en cultura,,. El Barón de THUNUS ha demostrado<sup>5</sup> que aquellas naciones, de las que tomaron

<sup>1</sup> *Kosmos*. Edición de 1847, tomo II, pág. 147.

<sup>2</sup> *The origin of civilization and the primitive condition of man. Mental and social conditions of the savages*, 1870.

<sup>3</sup> *Tales and traditions of the Eskimo*. London and Edinburgh, 1875.—*Danish Greenland*, London, 1877.

<sup>4</sup> Consúltense, entre otros escritos, el de A. BALDWIN, *Ancient America, or notes on American archeology*. New York, 1872.

<sup>5</sup> En su libro *Symbolica artemica*. Colonia, 1872 y 1885.



prestada su sabiduría los antiguos filósofos griegos, poseían un conocimiento sorprendente de las leyes naturales más profundas. El célebre lingüista MAXIMILIANO MÜLLER habla con énfasis de la que llama "primavera de las lenguas," que es imposible desconocer en el principio de la historia universal de los idiomas, y dice que el estado primitivo de los pueblos no debe concebirse como análogo al de los *animales*, sino como semejante al de los *niños*, ya que en general el "niño es el padre del hombre, y el estado infantil de tribus salvajes implica siempre la existencia de ciertas concepciones metafísicas."

**592.** No tenemos motivo para ingerirnos en la controversia pendiente entre los representantes de la hipótesis salvajista y los defensores de la teoría de degradación. Es cierto que somos partidarios del degradacionismo.

En el punto de vista cristiano que ocupamos, estamos persuadidos de que al conocimiento sobrenatural que el primer hombre recibió del autor de la naturaleza iba unido también un conocimiento más perfecto de ésta por su parte *ideal*. Rayos débiles de esta ciencia serán los que habilitaron á los hombres prehistóricos para idear y llevar á cabo aquellas obras gigantescas, asombro de los actuales. Fuéronse apagando los rayos de la luz mal guardada por la tradición, y también en este terreno tuvo la humanidad que volver á adquirir el saber perdido con el sudor de su frente. Entonces empezó, en efecto, un período de progreso en el conocimiento de la naturaleza en su parte realística; porque es un hecho que los hombres de la prehistoria no sabían nada de nuestras modernas máquinas de vapor, fusiles de aguja y buques acorazados; en suma, es un hecho el grandioso progreso realizado por la humanidad en todos los productos del trabajo, habilidades é invenciones que tienden á utilizar, cuanto es posible, las fuerzas naturales para fomentar los intereses bajos de la vida terrestre.

**593.** Mas ya hemos dicho que no es éste lugar oportuno para exponer las razones en que fundamos nuestro dictamen relativo á esta cuestión. El extremo que importa dilucidar es el aserto de los monistas mecánicos, de que á la marcha del supuesto progreso fué paralelo en el hombre un incremento paulatino de *fuerzas intelectuales*, de suerte que en los primeros hombres el poder de la inteligencia fué mínimo. Esta aserción está destituida de toda base sólida. Puesto el caso de que el *saber* del hombre primitivo haya sido realmente tan limitado como suponen los contrarios, ¿qué derecho se tiene para inferir de ahí que las fuerzas de la *inteligencia* hayan sido esencialmente más limitadas que ahora? A lo sumo será lícito decir que los hombres de entonces habían *manifestado* menos fuerzas intelectuales, tal vez porque no habían estado per-

fectamente desarrolladas las condiciones que su uso requiere y presupone; pero no se debería afirmar que su inteligencia hubiese sido inferior á la nuestra. Sin duda, GOETHE y LEIBNITZ tenían, cuando niños, tanta inteligencia como en su edad viril, siquiera estuviese menos desenvuelta y ejercitada por el uso. Mas hasta puede dudarse de que los hombres primitivos hayan siquiera *manifestado* menos inteligencia. Parécenos que las invenciones primitivas que se atribuyen al período llamado de piedra suponen una reflexión productiva y una fuerza y fecundidad intelectuales que bien pueden equipararse á las que poseen los hombres de nuestra Edad.

Merced al progreso de la cultura, la *división del trabajo* hace que el obrero de hoy ejecute durante años enteros la misma manipulación; y cuanto más complicado es el producto, tanto más extensa es la distribución de las fuerzas invertidas en su elaboración. Por el contrario, la *reflexión* propiamente productiva se ha ido limitando á círculos cada vez más estrechos, al mismo paso que se iba perfeccionando la técnica. Además, cuando miremos á buena luz las celebradas invenciones y descubrimientos de los civilizadores modernos, más escasos en número que los antiguos, hallaremos que la mayor parte estriban en los trabajos preparatorios de las generaciones pasadas. WATT inventó la máquina de vapor; pero ya cien años antes se había utilizado el vapor para producir movimiento. Y cuando se consideran las invenciones modernas comparándolas con los conocimientos que las precedieron, no se puede menos de extrañar que las más no hayan sido hechas antes. Muchos pretenden hasta atribuir á la casualidad los descubrimientos é invenciones más importantes; una cosa se buscaba, y otra se halló. Toda esta inteligencia de la edad moderna se necesitó probablemente para que los hombres de los tiempos primitivos fabricasen sus enseres de casa de piedra, material más sencillo; para que les ocurriese hacer pan de trigo molido y humedecido exponiéndolo á la acción del fuego; para que determinasen las horas del día y de la noche observando el curso de los astros. Para estas cosas y otras parecidas se requiere—decimoslo sin recelo—hasta una actividad espiritual más intensa que la que los hombres de hoy suelen ejercer generalmente en la ejecución de sus negocios. Tampoco debe olvidarse en esta cuestión que "el empezar es siempre difícil."

Con estas observaciones queda terminado el punto puesto á discusión, y podemos repetir: la cuestión del origen del espíritu ó de la substancia del alma no es empírico-matemática, ni crítico-histórica, sino que compete resolverla á la Filosofía, especialmente á la Psicología, y está, por tanto, fuera del horizonte de aque-



llos que, como HÆCKEL, contemplan toda la naturaleza con método científico-natural.

**594.** En segundo lugar nos presentan los hallazgos de huesos como "resultados positivos", que demuestran que el hombre se desenvolvió de un animal semejante al mono. Mas la llamada "ley" de HUXLEY, según la cual entre el hombre más salvaje y el mono más perfecto hay menos diferencia anatómica que entre éste y los simios inferiores, había quedado refutada del modo más decidido por mediciones muy precisas. El hueso seguía sin llenar. Como no se hallasen en el presente los miembros intermedios necesarios para llenarlo, se trató de dar con ellos en la más remota prehistoria.

Pero las pesquisas paleontológicas dieron tan malos resultados, que el catedrático EBV pudo declarar: "El tipo del hombre no se aproxima al del mono en las caricaturas, escarnio de la verdad, que algunos anatómicos trazaron exagerando ciertos rasgos.", HUXLEY consoló á sus fieles indicando que tal vez en capas más bajas se hallarían algún día los huesos de monos más parecidos á hombres, ó de hombres más parecidos á monos.

A qué altura estén hoy los "resultados positivos", lo ha dicho el catedrático VIRCHOW en el Congreso de sabios naturalistas celebrado en Munich. Las palabras que allí pronunció, han quemado la sangre á muchos; pero todavía no han sido refutadas. Este sabio, tan versado en cuestiones antropológicas, creyó tener motivo para confesar públicamente que toda conquista positiva hecha en el terreno de la Antropología prehistórica había hecho más difícil demostrar la existencia de las supuestas relaciones de parentesco entre el hombre y el mono. Después de exponer brevemente que el hombre "terciario", no es ningún hecho, sino un problema, aunque fuese un problema idóneo para ser discutido, prosigue así: "Parémonos por de pronto en el hombre cuaternario, á quien llamamos realmente. Cuando estudiamos á este hombre cuaternario fósil, que debería de estar más cerca de nuestros progenitores en la serie de descendencia, ó mejor dicho, de ascendencia, siempre volvemos á encontrarnos con un hombre tal como nosotros mismos somos. Todavía no hace diez años, cuando se hallaba un cráneo en la turba (substancia formada de residuos vegetales carbonizados), en casas lacustres ó antiguas cuevas, creíase descubrir en él vestigios maravillosos de un estado inculto, sin sombra de desenvolvimiento, sin duda porque se tenfa en las narices el olor á mono. Pero éste ha ido desapareciendo más y más. Los antiguos trogloditas, moradores de casas lacustres y hombres de turba, han mostrado ser gente muy respetable. Tal es la magnitud de sus cabezas, que no pocos de los vivientes se congratularían de

poseer una igual. Es verdad que nuestros vecinos franceses han advertido que nos guardásemos de colegir demasiado de esas grandes cabezas, pues podría ser que no las hubiese llenado solamente substancia nerviosa, sino que los antiguos cerebros hubiesen tenido más tejidos intermedios que los nuestros suelen tener, y que la substancia nerviosa, no obstante la magnitud del cerebro, hubiese estado menos desarrollada. Mas eso no es más que conversación amigable, que sirve para confortar algún tanto á ciertos ánimos débiles. Tenemos que reconocer efectivamente que *falta todo tipo fósil de un hombre menos perfecto que nosotros*; y si reunimos la suma de los hombres fósiles encontrados hasta ahora, y los ponemos en parangón con los que ofrece la edad presente, hasta podemos afirmar decididamente que entre los hombres contemporáneos existe un número mucho mayor de individuos relativamente inferiores que entre los fósiles conocidos hasta ahora. No me atrevo á presumir que sean precisamente los grandes ingenios del tiempo cuaternario los que han tenido la suerte de habérsenos conservado. Es costumbre inferir de la calidad de un objeto fósil aislado, que de la misma son los demás. Yo no voy á hacer lo mismo en este caso. No afirmaré que toda la raza haya sido tan excelente como los escasos cráneos que de ella restan. Pero debo decir: *Nunca se ha encontrado un cráneo fósil de mono ó de mono-hombre que realmente hubiese podido pertenecer á un poseedor humano.* Todo aumento del número de los objetos que están por discutir nos ha alejado más del problema propuesto... *No podemos enseñar, no podemos proclamar como una conquista de la Ciencia que el hombre descienda del mono ó de cualquier otro animal* <sup>1</sup>.

**595.** Sin embargo, ¿qué diríamos si en lo por venir, cuando los geólogos exploren más detenidamente el Asia y Africa, se hallasen cráneos de hombres-monos ó monos-hombres? Es natural que el catedrático VIRCHOW encuentre un problema en esta pregunta<sup>2</sup>. Pues bien, vamos á contestar á este problema con otro. Pues qué, si un naturalista hallase algún día que en un caso determinado dos más dos árboles no son cuatro, sino cinco árboles, ¿diráse que esto no sucederá jamás porque consta ya por otras razones que dos más dos *siempre* son cuatro? Así decimos también nosotros. *Jamás* se descubrirán restos de hombres de transición, porque consta por otras razones que semejantes miembros intermedios no han existido *jamás*. Pero, aun cuando dejásemos pasar por posible lo imposible, quisiéramos comparar á los partidarios de HÆCKEL con aquellos mozos que salieron al encuentro de la luna

<sup>1</sup> La libertad de la Ciencia, págs. 30 y 31.

<sup>2</sup> En el discurso que pronunció en Leipzig en 1876.



con palos y cordeles, con ánimo de prender á la luna en aquella misma noche, y viendo luego cómo se iba poniendo, creyeron pronto darle alcance. El día que se hallasen los *desiderata scientiae*, los ardentemente deseados restos de huesos, no probarían, en el caso más favorable, sino que el hombre se había desenvuelto partiendo de un estado puramente animal según su parte *física*, pero de ningún modo que el hombre descendiese del animal también con el principio de vida racional que le es peculiar. Ningún hallazgo por importante que fuera, podría aproximar á esta última conclusión más de lo que, á fuerza de correr á la luna, se acercaron los que salieron á prenderla. Decimos en el caso más favorable, porque si se hallasen alguna vez cráneos entre humanos y simios, no se seguiría todavía que provinieran de progenitores de los humanos, pues podrían pertenecer á una especie pura de monos ahora extinta. Los naturalistas con quienes aquí discutimos deberían advertir ante todo que atribuyen fuerza demostrativa de demasiado grande, y aun *exclusiva*, á la diferencia *orgánica* del hombre y del bruto. Las consideraciones en que principalmente estriba la distinción de hombre y animal no son de naturaleza anatómica ó fisiológica, sino psicológica.

596. En tercer lugar, tenemos que examinar los fenómenos de la existencia humana, que, según tales naturalistas, revelan con evidencia forzosa que el género humano atravesó en tiempos remotos un estado puramente animal.

Por lo que toca á los microcéfalos, ya hemos advertido que su explorador más insigne, CARLOS VOGT, fué obligado á retractarse por peritos de reconocida competencia. Suerte semejante cupo á toda la teoría atavista. Los que antes se tenían por casos de reincidencias ó recaídas en antiguas fases de evolución, son reconocidos hoy como patológicos por todos los sabios de las ciencias respectivas. "El primer requisito de una formación atavista, dice VIRCHOW<sup>1</sup>, sería que individuos con semejante cerebro hubiesen existido conservándose algún tiempo y procreado una raza, de lo cual no hay indicio alguno," ni la vida psicológica ni la estructura del cerebro de un hombre microcéfalo, dice después, permite consignar alguna aproximación al tipo del mono. En igual sentido declaró el catedrático EBV en el Congreso de sabios naturalistas reunidos en Cassel (1878): "Razones extrínsecas é intrínsecas nos han inducido á ver en la microcefalia, no un fenómeno de atavismo, sino consecuencias de degeneración morbosa. Luego no son los microcéfalos los que indican la piedra miliar por delante de la cual el hombre pasó en remotísima antigüedad. No son ellos parte á sal-

<sup>1</sup> En el discurso de Leipzig.

var ni acortar la distancia que separa al hombre del animal. Esta sigue tan grande como antes."

En cuanto á los *rudimentos* (órganos abortivos), debe reconocerse el hecho de que en los diferentes organismos hay partes que durante toda la vida quedan sin desarrollarse, y de consiguiente sin funcionar; por lo menos en cuanto, hasta ahora, en muchos casos no se ha conseguido descubrir la significación fisiológica de semejantes partes rudimentarias. Dícese respecto de ellas que no pueden provenir sino de formas antiguas de la estirpe en que habían funcionado perfectamente desarrolladas, degenerando más tarde á consecuencia de la falta de uso. Pero la verdad es que no puede aducirse ninguna razón á favor de esta afirmación, á la par que no sería difícil señalar el enlace típico entre esas singularidades y la demás organización.

597. Por fin debemos ocuparnos más en particular en la "gran idea, con la cual el DARWIN jenense pretende haber puesto fuera de toda duda el origen animal del hombre entero, á saber: la ya mencionada "ley biogenética fundamental," según la cual la ontogénesis (historia del embrión) ha de radicar en la filogénesis (historia de la estirpe ó especie).

¿En qué funda HÆCKEL esta aserción decisiva, de que el progreso de la evolución embrional debe ser necesariamente la repetición de la larga serie de formas que nuestros progenitores tuvieron que atravesar hasta llegar á las puertas de la humanidad? ¿Acaso tiene en su apoyo alguna observación de hechos positivos? Habría que esperarlo así dada la gravedad de la cuestión, pero no hay vestigio de tal cosa. HÆCKEL encuentra en las diferentes fases de la evolución del embrión una semejanza sumamente imperfecta, lagunosa y superficial con formas de peces y anfibios, y ya le consta, firme como la roca, la "ley biogenética fundamental." Demostrado está que el hombre, antes de llegar á serlo y después de salir de su primer germen, el protoplasma primordial, recorrió una serie de formas animales: pláctidas (moneros y amibas), animales primitivos, cuadrícélulares (sinamebios y planéadas), animales con intestino, sin vértebras (gastréadas y cordonios), y, últimamente, animales vertebrados (acranios, monorrinos, ictiodes, amniotas). Desgraciadamente, los hechos se niegan á encajarse en la teoría preconcebida. Porque el paralelismo de las dos series de evolución, no sólo es interrumpido por lagunas imposibles de llenar, sino que se encuentran también en la evolución embrional las formas más aberrantes y del todo inconciliables con la teoría. Pero, como arquitecto hábil que es, el señor HÆCKEL sabe ingeniar para ver de salirse con la suya. Para llenar las lagunas, HÆCKEL discurre formas de las que no se halla



el menor vestigio en la naturaleza misma, entre otras la famosa *gastrea*, invención que tiene el objeto de abreviar la enorme distancia entre los cuadrícélulares y los animales dotados de intestino, habiendo vivido todavía en la era laurenciana los cordonios, mediante los cuales comunican los tunicatos (ascidios) y la clase ínfima de vertebrados, etc., y por lo que hace á las desviaciones inexplicables, HÆCKEL dice que la naturaleza ha *adulterado* la evolución embrional, y esto en tantos casos que todo ello se compone de una evolución-resumen (palingénesis), y una *adulterada* (cenogénesis.) Así está provisto para cuantos casos ocurran. Que no puede imaginarse anomalía que no se explique con recurrir á la *ley de la adulteración de la ontogénesis*. El catedrático SEMPER observa, con razón, acerca de tan peregrino método: "¡Vaya una manera de orillar dificultades, diciendo que una larva nació de otra, gracias á que la naturaleza adulteró su modo normal de desarrollarse! De esa manera *todo* puede demostrarse, naturalmente también lo contrario de lo que HÆCKEL pretende haber demostrado con sus adulteraciones de la ontogénesis".<sup>1</sup>

No hemos de gastar muchas palabras ponderando cuán indigno de la verdadera Ciencia es semejante procedimiento. Eso no significa *investigar* los hechos, sino acomodarlos á una opinión preconcebida. Fácilmente se comprende también que tal método debe envolver, á quien lo emplea, en tan innumerables errores como le echan en cara al catedrático jenense algunos de sus colegas del ramo de las ciencias naturales. "Cuando se comparan las diferentes obras de Hæckel, dice SEMPER, es interesante advertir cómo con cada tomo todo su edificio doctrinal parece volverse más completo, redondeado y seguro. Pero cuando se sabe, como debe saberlo el zoólogo por profesión, que su sistema carece efectivamente de toda base sólida, se colige inmediatamente que el hækkelismo no propone tesis *falsas* ó gratuitas, sino porque el edificio, construido sobre hipótesis y dogmas, las requiere tan naturalmente como la casa pide hombres que la habiten".<sup>2</sup>

Todo esto junto hubo de arrancar hasta á CARLOS VOGT la con-

<sup>1</sup> El hækkelismo en la Zoología. Hamburgo, 1876, pág. 35.

<sup>2</sup> Loc. cit., pág. 27. El catedrático HÆCKEL ha tenido el valor de servirse de grabados incorrectos para hacer plausible su ontogénesis al público. Su colega HIS se ha tomado la molestia de descubrir las falsificaciones hechas por este autor en la *Historia natural de la Creación*: «Hæckel nos ha propinado tres clises, que no eran más que uno en la madera, bajo tres distintos títulos» (La forma de nuestro cuerpo y el problema fisiológico de su origen. Leipzig, 1875, pág. 169.) Respecto de la Antropología, dice el citado sabio: «No vacilo en afirmar que esos diseños, en cuanto se trata de originales de Hæckel, son, ó sumamente incorrectos, ó simplemente inventados» (Loc. cit., página 170.) El catedrático SAUPEY añade á estas palabras: «Por mi parte, podría aumentar con una buena cantidad los ejemplos presentados por HIS» (El hækkelismo en la Zoología. Hamburgo, 1876, pág. 35.)

fesión de que las construcciones genealógicas de HÆCKEL no son mucho más verdícas que las famosas genealogías de la Edad Media, que principiaban indefectiblemente por los héroes de Troya.

508. Sin embargo, aunque se releguen las aserciones de HÆCKEL, con harta razón, á la categoría de las novelas fantásticas á causa de sus numerosos elementos hipotéticos, dudosos, ficticios y manifiestamente falsos, ¿no podrá acaso decirse que representan una idea demostrable, de suerte que sea lícito decir con STRAUSS que por de pronto están fijados los jalones para señalar el camino por el cual marcharía después el legítimo conocimiento de la vía de evolución del linaje humano? Contestamos á esta pregunta con un perentorio *no*.

Arranca el raciocinio de los contrarios de la idea de que el hecho de recorrer el individuo en su estado de embrión fases imperfectas, indica que las especies han atravesado fases semejantes en tiempos pasados, y dicese además que las fases embrionales muestran semejanzas con animales inferiores, las que carecerían de toda significación respecto al estado en que se hallan de embrión, pero se explicarían perfectamente si se considerase el desenvolvimiento embrional como una repetición ó compendio del desarrollo filogenético. Esto es erróneo por cualquier lado que se le mire, como veremos en cuanto lo examinemos detenidamente.

Dado que el desenvolvimiento embrional parte de un estado sumamente imperfecto y concluye con la forma humana, es cierto desde luego que las primeras fases de la evolución embrional *deben* ostentar cierto parecido con las formas de organismos inferiores. Igualmente es cierto que las *desemejanzas* de diferentes especies serán tanto más difíciles de descubrirse cuanto más disten las respectivas formas embrionales del término á que conduce su desenvolvimiento. Ya sabemos que la Filosofía aristotélica reconocía unánime que el feto humano recorria una serie de formas orgánicas inferiores (núm. 585), sin que para demostrarlo pudiese valerse de un conocimiento fisiológico más detallado de las leyes de la vida fetal de los animales. CARLOS ERNST DE BAER puede nombrarse como primer investigador en el terreno fisiológico-anatómico á quien debemos el establecimiento de una base científica sólida sobre la cual pueden fijarse criterios ontogenéticos seguros. Este sabio ha confirmado, mediante la observación más exacta, la tesis de la antigua Filosofía, relativa á la gradación del desarrollo embrional, y ha demostrado también que sus escalas muestran cierto paralelismo con algunas formas inferiores, por cuanto el desarrollo del embrión lleva consigo la transición de condiciones generales y vagas á especiales y mejor determinadas. Afirma "que la serie de evolución de todas las formas de los



animales puede compararse sólo *de modo muy vago*, y sin concordancia exacta, con el desenvolvimiento de un individuo aislado. Porque éste muestra el paso de condiciones generales á especiales, sí, pero no la transición de unas condiciones especiales á otras<sup>1</sup>.

Preguntemos ahora, primero: ¿Es cierto que toda semejanza de esas que VON BAEK indica sugiere la idea de que los grados juveniles del desarrollo de una forma superior deben considerarse como rastros de fases recorridas por la especie en su propia supuesta evolución? Esto vendría á ser lo mismo que si alguien quisiera presumir que un soberbio palacio de varios pisos hubiese sido antes un casucho de aldea, ó hasta un calabozo subterráneo, porque el palacio en vías de construcción no tenía más que un piso como una choza rústica, y aun antes no constaba sino del sótano, semejante á una cueva.

Entendemos, por tanto, que no cualquier semejanza alcanza á justificar ante la ciencia la presunción indicada; esto será evidente ante todo entendimiento amigo de la verdad. Vamos á ver ahora las semejanzas que realmente hay.

**599.** Antes de proceder á ninguna observación exacta, parecemos indubitable que si bien *debe* haber ciertas semejanzas, como dijimos arriba, no las *puede* haber muy hondas. Mientras que en el embrión todo debe estar ordenado á que  *siga desarrollándose*  conforme á las condiciones de la existencia fetal, la especie inferior toda debe estar dispuesta de tal manera que el individuo acabado  *conserve y propague su existencia*  en las circunstancias totalmente distintas del mundo exterior. Luego si se dan en cierta fase del desarrollo embrional formaciones cuya apariencia recuerda agallas, no ocurrirá á ningún hombre discreto afirmar que sean en realidad una especie de agallas. Mientras que en las especies inferiores de animales todo es exacto y acabado en sí, cada escala inferior de la evolución embrional envuelve por su esencia la disposición á la superior. Todos los órganos importantes del cuerpo humano se hallan ya preparados en un período muy temprano de la vida individual, de lo cual se sigue con necesidad que cada una de sus escalas de evolución es  *esencialmente*  distinta de toda especie de animales.

Debe decirse lo mismo respecto de las semejanzas que afirman haber entre los huevos y embriones de las diferentes especies. Aunque los huevos ó embriones del perro y del hombre no pudiesen distinguirse con el microscopio ni en la retorta, preciso es que sean, en cuanto á su verdadera esencia, tan distintos como el perro

<sup>1</sup> Estudios científicos naturales, tomo I, págs. 429 y 456.

y el hombre, por la razón sencilla de que del uno de los huevos se desarrolla un hombre, y del otro un perro con necesidad natural.

**600.** La investigación más exacta, empero, ha probado que no existen siquiera esas semejanzas, que, según pretenden los contrarios, no se explican adecuadamente sino recurriendo á un paralelismo de la evolución embrional y de un supuesto desenvolvimiento filogenético.

Si bien no hemos de decir nosotros, como lo dijo CARLOS VOGT, que la semejanza ponderada con tanta algazara por HÆCKEL y compañía es tamaña como la que existe entre un huevo y una castaña, cierto es que todas las concordancias de que aquí se puede tratar, sobre tocar solamente á los accidentes y á la superficie, se limitan á alguna que otra señal, mientras que en todas las demás impera la mayor disparidad. Sobre este extremo podemos apelar al testimonio de K. E. VON BAEK, que no se tildará de parcial. Este autor decía: "Los darwinistas de los tiempos recientes sostienen que el desenvolvimiento de un individuo de organización superior recorre rápidamente las formas anteriores, las que habían recorrido los progenitores de la especie respectiva... Esta tesis no me parece fundada, puesto que el desarrollo de un individuo no recorre la *serie de animales*, sino que pasa de los caracteres generales de un grupo á *los especiales*, y *hasta á los más especiales*... Más tarde se ve en el embrión si ha de ser un reptil, un ave ó un mamífero, y aun más tarde se conoce el orden, la familia, el género, la especie... ¿Cómo ha de recorrer un animal *superior* la serie de las formas vitales terminadas de una clase *inferior*? ¿Cómo puede convertirse un artrópodo en vertebrado, ya que aquél tiene los centros nerviosos en la parte anterior del abdomen, y éste en la espalda?... Y si se agrega que también la situación de todos los órganos es la contraria, toda vez que en el artrópodo el intestino y el corazón están *sobre* la fibra nerviosa del vientre y más cerca de la espalda, y en el vertebrado, empero, *debajo* de la columna vertebral y la medula espinal, y más hacia la parte del vientre, ¿cómo ha de suceder que (en el corto espacio de la evolución embrional) se cambien tan opuestas situaciones?... Tampoco acierto á figurarme cómo se haya de efectuar el paso del tipo del molusco, porque en él no llega á formarse siquiera la línea recta que regula la estructura de los artrópodos y vertebrados<sup>1</sup>."

La concordancia entre los huevos y embriones del hombre, del perro, del ave, etc., tampoco es tanta como DARWIN y HÆCKEL—éste con tres grabados falsificados—quieren hacernos creer. Hace ya

<sup>1</sup> Estudios científico-naturales, tomo II, págs. 426-429.



bastantes años (1876) que THEODORO BISCHOFF presentó á la Academia de Munich una serie de diseños, hechos con mucha precisión, de los óvulos de mujer, de perra, de marrana, de rata, de gata, del ratón, topo y coneja, los cuales mostraban considerables diferencias, tanto respecto de la magnitud y calidad de la yema, como del grosor de la membrana que la circunda. Asimismo los diseños, nueve veces agrandados en la *cámara obscura*, de embriones de hombre y otros mamíferos revelaban diferencias notables en todo su aspecto. Aquella forma embrional, que ha de ser igual para todas las clases de animales, y por tanto representar el tipo de la forma común de toda la estirpe (la *gastrea*), se reduce, como han demostrado CLAUS, SEMPER y otros zoólogos, á una analogía muy superficial de las formas embrionales respectivas, siendo en realidad á cual más diferentes, así en todo su hábito externo, como en su génesis. HÆCKEL quiere explicar la transición de la forma del gusano á la del vertebrado sosteniendo que una fibra cilíndrica, compuesta de células, que se encuentra en las larvas de los ascidios no es otra cosa que la *chorda dorsalis* de los vertebrados. K. E. VON BAER declaró que esta suposición es inadmisibile.

Esto bastará para que se pueda considerar como un hecho positivo que las analogías entre la evolución embrional y la gradación de las especies inferiores no son más importantes que lo que puede esperarse de antemano, dada la índole de aquel desenvolvimiento, como de una ascensión de lo simple á lo compuesto.

601. Como quiera que no se ha logrado hasta hoy explicar todas las propiedades peculiares á la evolución embrional por las necesidades del embrión mismo, se ha querido atribuir por lo menos cierto valor heurístico—indagatorio—al supuesto paralelismo de los dos procesos genéticos del individuo y de la especie, diciendo que puede suministrar valiosos puntos de vista á la exploración de la verdad á manera de guía subjetiva para el investigador. Mas no creemos siquiera poder dejar este valor al pensamiento de HÆCKEL. En cuanto la ontogénesis embrional es un tránsito continuo de formas imperfectas á otras más perfectas, puede ser que reciba alguna luz de la escala de perfecciones específicas existente en el mundo orgánico. Pero no será esta luz más intensa por suponerse que dicha escala sea la causa real de la serie de evolución ontogénica, por cuanto ésta debería considerarse como *recapitulación* de aquella escala. Y aunque advirtiésemos que la evolución filogenética había tenido lugar, por ejemplo, que los antepasados del hombre habían respirado con agallas, ¿qué razón hay para que *cada individuo* recapitule una vez más toda esa larga serie de transformaciones, aun en detalles que absolutamente nada importan á su propio bienestar y adelanto? Somos, pues, de

parecer que el pensamiento de HÆCKEL no aprovecha para nada que no sea desviarse de la verdad.

El argumento embrional á que el monismo mecanista ha dado tanta importancia durante los últimos años carece, por tanto, de todo valor; surgió como fuego fatuo, y como tal se extinguió.

Hemos pasado revista á cuantos argumentos han aducido los contrarios para abonar su tesis. Hemos visto que ni la apelación á la escasez de talento del hombre prehistórico, ni los hallazgos de huesos, ni la referencia hecha á la evolución embrional, son parte á llenar el espacio que en «la sucesión nunca interrumpida del sistema mecánico-monista del mundo, existe entre el hombre y el bruto. Debe considerarse como totalmente malograda la tentativa de fundar en conquistas de las ciencias naturales la negación de todo orden más elevado y la de todo derecho á concebir lo humano de manera más ideal; fué una tentativa, como dice el catedrático SEMPER, «de suplir las deficiencias de la argumentación inductiva mediante hipótesis y teorías, y la usurpación de una autoridad absoluta».

602. Sin embargo, no se dan por satisfechos con este resultado negativo los defensores de la descendencia animal del hombre. Lo que piensan acerca de esta teoría lo expresó en el Congreso de naturalistas celebrado en Cassel el catedrático EBY con las frases siguientes: «El espacio que separa al hombre del animal sigue abierto, y el que no quiera someterse á conclusiones lógicas, sino solamente al poder de hechos positivos en esta cuestión del origen del hombre, repose por ahora tranquilo y arrúllese con la esperanza de que tan pronto no se conseguirá presentar hechos de esta clase. Mas el investigador científico no tiene esa libertad. Ya ahora no puede escoger sino entre renunciar á las últimas consecuencias del discurso lógico, y admitir la continuidad del mundo de los animales y hombres, reconociendo que en algún tiempo y en algún lugar *deben* de haber existido formas intermedias».

¡Conque la ciencia natural se declararía inhábil ante el problema en cuestión por la parte que á ella le había tocado resolver; pero, con todo, los mismos naturalistas creen que el *discurso lógico* hace constar como verdad lógica que el hombre desciende del animal!

Nosotros conocemos esas «últimas consecuencias del discurso lógico». Si el hombre no proviene de la bestia con cuerpo y alma, con la inteligencia y la voluntad, con moral y religión, es forzoso recurrir á una causa supramundana para explicar el origen del hombre, lo cual repugna «al discurso lógico», de aquellos sabios, cuya lógica antepone á todas sus tesis el axioma dogmático de que para explicar la naturaleza es indispensable *prescindir de Dios*.



Esta es la razón por qué se busca toda la explicación del hombre en el animal; no se quiere hallarla en una causa más elevada. El hombre, esa mísera oruga terrestre de cinco pies de largo, yérguese y ahúecase, y discurre una lógica según la cual no debe haber Dios. En un libro antiguo está escrito que esa lógica radica, no en el entendimiento, sino en el corazón. También el corazón tiene sus razones, y á veces las tiene muy poderosas.



#### CAPÍTULO IV

Descendencia; transmutación; transmutación exclusivamente mecánica.

##### § I

Estabilidad ó descendencia.

**603.** Procede ahora la cuestión de si el sistema mecánico-monista del mundo es capaz, por lo menos, de mantener, respecto de los animales irracionales y plantas, que las especies perfectas se originan de las imperfectas; y si esto no, que las abraza á todas una *evolución* continua; y si tampoco esto, que es un hecho demostrado una *descendencia*. Aun el más ortodoxo en materias tocantes á la interpretación de la Biblia tal vez se inclinará á hacer concesiones cuando se reduzca el problema á estos términos, toda vez que el *Génesis* mismo atribuye á los animales y plantas un origen muy diverso del de los hombres. Para mayor claridad conviene atender en este capítulo, no solamente á la teoría radical de la descendencia, defendida por el monismo mecanista, sino, en general, á todas las teorías de descendencia.

Una mirada á la naturaleza, á este mundo de la más admirable variedad, nos muestra una variedad sistemática, grandiosa y concorde, cuyo imperio abarca toda la naturaleza. En el reino de las cosas inorgánicas observamos los diferentes tipos de las formas cristalinas que dominan aun en los estados al parecer amorfos de la materia; las diferentes propiedades químicas que prestan á las substancias, como al hierro ú oxígeno, sus modos de existencia específicamente distintos. De manera análoga vemos que los reinos de los animales y plantas abrazan especies diferentes, sepa-